

José Emilio Pacheco. *Islas a la deriva*. México. Siglo XXI. 1976.

Una mezcla poco corriente: erudición y sentido del humor, una mirada clara y un ego modesto. ¿Por qué será que los poetas que son cuidadosos de su lenguaje, y por lo tanto merecedores de ser oídos, son los más reticentes en revelar su verdadera *persona*? No es por timidez o modestia que José Emilio Pacheco invita al lector no a mirarlo a él, sino a mirar hacia las cosas que él mira. Para Pacheco la poesía debiera ser impersonal y colectiva como en los antiguos romances.

*Islas a la deriva* es un muestrario de la variedad de los intereses de este poeta mejicano (la historia de su país, paisajes del mundo —esta vez, el invierno en Canadá—, la antigüedad clásica, bestias reales e imaginarias).

Esta poesía rechaza la ambigüedad. Cuando hay ideas encapsuladas en un poema, las palabras se mueven rápidas, aunque cuidadosamente, para revelarlas. Muchas veces sólo hay imágenes, entonces, igualmente, el propósito del poeta es transmitir las, sin distorsiones, sin demora, ansioso de compartirlas. La claridad es meta primordial de esta poesía. Las imágenes son simples, a veces elementales, pero no carentes de un toque original que revela una perspectiva personal. La serie de *vignettes* canadienses son un buen ejemplo de fragilidad (de acuerdo a la delicada nieve que las unifica) expresada con firme lenguaje:

*La nieve hace tangible el silencio*

.....  
*La nieve no quiere decir nada*

*Es sólo una pregunta*

*que deja caer millones de signos de interrogación*

*[sobre el mundo.*

Sin moralejas ni anécdotas, estos poemas pretenden ser líneas innecesarias, como postales... y sin embargo no carecen de un ángulo provocativo; están abiertas a lo metafísico.

Los objetos cotidianos son símbolo de la mediocridad de sus hacedores o usufructuarios (o de ambos) y a menudo contrastan con la majestuosidad de los elementos de la Naturaleza.

El precio a pagar por esta claridad es una cierta precisa frialdad, más apropiada al discurso lógico que al lírico. Los poetas parecen originarse no en experiencias emotivas sino en meditaciones sobre aquellas experiencias. El poeta no se sitúa nunca en situaciones heroicas o patéticas, al contrario, cuando no se halla desplazado o en ridículo, él no es superior a cualquier otro ser humano, esto es, nada de qué enorgullecerse. El hombre no está visto de modo positivo, sino, usualmente, como un ser destructivo, hambrien-

to de poder, ingrato, posesivo, sin antenas para la belleza --la enfermedad del planeta.

“La traducción es para mí una forma especial de creación”, dijo alguna vez Octavio Paz, y Pacheco claramente concuerda en que lo importante es el texto, no el poeta. Por cada uno de sus propios poemas, Pacheco incluye otro en traducción suya. A menudo sus propios poemas actualizan antiguos motivos líricos (por ej. el poema de Quevedo “A Roma sepultada en sus ruinas” encuentra su versión en “Ciudad maya comida por la selva”, de Pacheco).

Tal como Paz, Pacheco usa el blanco de la página para quebrar los versos, lo que no siempre se demuestra ventajoso sobre los convencionales signos de puntuación.

Aparte de la obvia tradición poética, ¿podemos escuchar voces identificables en la madura voz de este joven poeta mejicano? La respuesta, inevitablemente, ha de mencionar nuevamente a Octavio Paz, pero también, de manera acaso igualmente inevitable, a Borges. Influencias que no han de avergonzar a un poeta tan respetuoso de la nobleza del lenguaje, como es Pacheco, y para quien la poesía es un código de vida, una pasión serena, una fe.

*Carlos Cortínez*